

haber tomado la ofensiva contra el rey de España, le contestó que se veía precisada á defender su propio reino, amenazado siempre por este príncipe, y á impedir la inminente insurreccion de Irlanda. Cuando la pérdida de las primeras plazas de la Picardía tomadas por los españoles, habíase enviado á Lóndres á Chevalier, magistrado de París, para que solicitase el envío de cuatro mil infantes ingleses que la ciudad de París se encargaria de sostener. Mas el gabinete inglés habia enviado á Enrique IV á Rogerio Williams, para indicarle que la reina consentia únicamente en guarnecer con tropas inglesas á Calais, que aun no habia caído en manos de los españoles, y las demas ciudades de la costa, como Boulogne, Dieppe, etc.

Al rehusar Isabel á Enrique IV los socorros que éste le pidió, por consejo de los Cecils, no por eso dejaba de hallarse en extremo sobresaltada por los triunfos obtenidos por Felipe II en Francia. El conde Essex, movido de su genio belicoso y de su política más elevada, hubiera querido decidir á su soberana á una cooperacion activa y eficaz. No habiéndolo podido lograr directamente, creyó que le sería fácil lograrlo por medios indirectos: para ello se sirvió mañosamente de Perez, al que habia hecho confidente de sus pensamientos, y que era su agente contra Enrique IV, y le escribió al efecto: «Inquietos nos tienen los negocios de Francia; á nosotros que, segun sabeis, nos

hallamos tranquilos acerca todos los demás puntos. Si conocieseis cuales son nuestros intereses en ese país, no dirigiriais los asuntos cual lo haceis; si fijaseis un poco vuestra consideracion en la naturaleza humana, no nos enviariais tan inútiles embajadas. ¿Qué es lo que mueve á los hombres sino el interés y el miedo? Que otros den, si quieren; nosotros vendemos: ellos imitan á Dios, nosotros á los usureros. Nosotros rehusamos con obstinacion á los que nos piden con humildad. La misma Juno, despues de haber implorado muchas veces y en vano asistencia, exclamó: *flectere si nequeo superos, Acheronta movebo*, haciendo alusion á ese Pluton de España que debe su nombre y fama á sus riquezas. Pero cállate, pluma mia, y callaos, Antonio, pues me parece que he leído demasiado á los poetas. Adios.»

Enrique IV comprendió esta ingeniosa advertencia, que por lo demas su posicion por sí sola se le daba ya: é hizo decir á Isabel por su embajador ordinario Mr. de la Fontaine, que le obligaria, abandonándole, á transigir con los que habian conspirado su ruina. A fin de hacerla salir de su estado de indiferencia, la envió á Mr. de Lomenie con la mision de anunciarla que el Papa le habia diputado dos de sus cardenales con encargo principalmente de proponerle la paz con la España bajo condiciones honrosas, paz que se veria obligado á aceptar si la reina de Inglaterra no le ayudaba á continuar la guerra. Esta declaracion

ofendió y causó mucha inquietud á Isabel, que vió en ella un acto de ingratitud en Enrique IV, y un peligro para su trono. Así es que escribió un despacho que debía enseñársele á aquel príncipe, y en el que, despues de recordar los antiguos y constantes servicids que le habia hecho, justificaba su actual inaccion en el continente por la necesidad de proveer á su propia seguridad en Inglaterra, y le añadia que no podia creer consintiese en entrar en estipulaciones sin su participacion; mas que si así llegase á ser, pondria su causa en manos de Dios que sabia el modo de defenderla. Por lo demas, aplazaba para en adelante la reunion de sus fuerzas contra Felipe II, ofreciendo apenas socorrer las ciudades marítimas de Francia que fuesen amenazadas por este. Enrique IV, despues de haber leído esta carta, contestó que no le era posible á él sólo sostener el peso de la guerra, y que si la necesidad le obligaba á cambiar de política, no seria suya la culpa, sino de la reina, y que entonces habria pasado ya el tiempo de las justificaciones y eqcusas, y vendria el del arrepentimiento y pesarles.

Más y más sobresaltada con esta respuesta, que indicaba al parecer la intencion de adoptar resoluciones que podian dar que sentir á la Inglaterra, envió Isabel á fines de Diciembre de 1595 á Enrique IV, á sir Enrique Unton, sujeto á quien apreciaba mucho aquel príncipe, porque habia sido herido á su lado batiéndose por su causa. Ha-

biase encargado á sir Enrique Unton que penetrase las verdaderas intenciones de Francia, y que indagase con certeza si abrigaba el proyecto de entenderse con el rey de España, ó si solo eran meras amenazas para intimidar á la Inglaterra. estando en el fondo ménos descontento Enrique IV de lo que afectaba. En el primer caso se debia tratar de apaciguarle y ganarle con la oferta de un tratado ó de un eficaz y buen auxilio; en el segundo, dejar las cosas en el mismo estado en que se hallaban. A estas instrucciones, que recibió del gabinete inglés Unton, el conde de Essex, de quien era aquel obediente y fiel hechura, le añadió otras particulares, propias por su índole para desvanecer toda duda sobre las intenciones de Enrique IV. En estas curiosas instrucciones, instaba á este príncipe á que se mantuviese firme, y le manifestaba que el mejor medio y mas seguro de despertar al gabinete inglés de su letargo era, no amenazar, sino obrar. «Entonces, le decia, el rey de Francia será más respetado, sus amigos de acá cobrarán mas crédito, y los que más se han opuesto á sus designios hasta ahora se verán precisados á decir en alta voz «peccavi». Ponga en evidencia los medios que posee para estipular, pero no como si tratase de hacer ostentacion de ellos..... Diga friamente que le es muy sensible que no podamos sostenerle, y no menos el no poder continuar la guerra sin nuestra cooperacion. Pero sobre todo, al ver que Unton solo es portador de

buenas palabras, debe resentirse de esto mas que de todo lo demas, considerándolo como una especie de burla..... Deberá darle desde su llegada públicos testimonios de su frialdad, y despues de haberle escuchado, expresarle su descontento, sin hacerle incurrir, no obstante, en su desgracia, dándole la bienvenida como á particular, pero no á título de embajador..... Para terminar, obrará de tal suerte, que sir Enrique Unton pueda escribir fulminantes cartas; de manera que nos veamos precisados á hacer ofertas y proposiciones.»

Al mismo tiempo que se servia del enviado del gabinete inglés para arrancar á este de su sistema de prudencia y egoismo, Essex quiso hacer contribuir al buen éxito de esta maniobra la correspondencia de Perez, á fin de que los mismos informes llegasen por dos partes diferentes, obrando por este medio de un modo mas seguro y fuerte sobre el espíritu de Isabel. Hízole en su consecuencia transmitir las siguientes instrucciones: «Antonio escribirá al conde de Essex, en una carta que pueda ser enseñada: que el envio de sir Unton ha puesto las cosas en peor estado que nunca, y me preguntará que por que yo, que conozco tan bien el caracter del rey de Francia, y los negocios de este país, no lo he impedido, puesto que ningun socorro positivo traía. Escribirá tambien que teme que antes de que haya habido tiempo para enviar otra vez y entrar en convenios, no haya el rey de Francia avanzado mucho para que le sea dable volver atrás.»

Todo se ejecutó cual lo habia Essex dispuesto. En cuanto llegó á Paris, sir Enrique Unton escribió en el sentido convenido á Isabel, á Burghley y á Essex. «Nada tengo que añadir, decia á este último, sino que si la reina no se apresura á dar una satisfaccion al rey, las cosas se hallarán pronto en un estado desesperado, pues el en que estaban ya, es muy malo.» Por su parte Enrique IV, á quien Unton habia confiado el plan del conde de Essex, representó admirablemente el papel que se le habia designado para asegurar su logro: despues de haber dado audiencia al embajador inglés, mandó llamar á Perez, y le preguntó si se hallaba enterado de las instrucciones de Unton. Habiendo contestado este que no: «Poco importa, le dijo el rey, lo sabreis por mí que os aprecio y me fio de vos... aun cuando sigais conservando siempre tanto cariño á la Inglaterra y deseais volver á ella. Le participó al mismo tiempo que la reina Isabel, despues de haber escrito con su propio puño á Mr. Edmondes, su embajador ordinario, que no habia necesidad de reunir comisionados, que ella enviaria un embajador para convenir en los puntos del tratado, habia enviado este, sin encargarle la discusion de dichos puntos, y proponiendo únicamente por medio de él una mera reunion de aquellos. Mostróse Enrique IV de ello muy enfadado, y al propio tiempo que le manifestó el aprecio que hacia de un hombre que habia recibido una herida á su lado, manifestó á Perez

el desprecio que le inspiraba el ministro encargado de tales instrucciones. «No hay uno solo de mi consejo, que casi no se burle de esta embajada, añadió vivamente, y que no crea que soy su juguete..... Todo mi consejo es de parecer que tan singulares proposiciones no son mas que vanas palabras, ni encierran mas objeto que el de entretenernos.» «No puedo negarlo, contestó Perez; ¿pero qué le hemos de hacer? ¿se ha desesperar por eso? Perseverad y mostrad vuestro ánimo y resolución.» «¿Qué significa, esto? le contestó el rey interrumpiéndole; no seré por más tiempo importuno á nadie, bastante he hecho para mostrar mi valor, bastante para poner en su debido punto mi honor, bastante en favor de mis amigos, de mis aliados y del mundo en general. Pasaria por un orgulloso si no cediese ante las circunstancias del tiempo, ante la ocasion y ante las perspectivas de un reino aniquilado. Quiero tomar parecer de mis consejeros; quiero tomarlo de la necesidad, el mas concluyente y autorizado de todos los consejeros.» Perez al dar cuenta de esta entrevista al gobierno inglés, en una carta dirigida al conde de Essex añadia: «¿Quién sabe? tal vez la Inglaterra tiene algun proyecto oculto, y con el objeto de complacer á Felipe II, para obtener de él algun provecho considerable, quiere postrar y abandonar á este príncipe, obligándole de esta manera á concluir mas pronto la paz con España. Los designios de los príncipes son unos

profundos abismos.» En otra carta escribia que los amigos de Felipe II se regocijaban de semejante desacuerdo. «Porque, decia él, ¿cuál es el reino en que ese perturbador de la naturaleza no haya sembrado sus riquezas para conmover los fundamentos de la sociedad y la fe de los hombres?» Y por último, remontándose á una altanera ironía contra los que se oponian en Inglaterra al consejo de verificar nuevos gastos para ayudar al rey de Francia, añadia: «Amadlas, si preferís á vuestra seguridad, esas miserables substancias del oro y de la plata.»

Las cartas de Perez eran tanto mas á propósito para completar el efecto producido por los despachos de sir Enrique Unton, cuanto que era en esta ocasion, casi un inocente cómplice de la estratagemas de Essex, cuya política general aprobaba con todo, en razon de ser enteramente anti-española. A pesar de la amistad de Essex, de la confianza y atenciones de Enrique IV y de la parte que tomaba en los negocios de Inglaterra y Francia, Perez estaba triste, inquieto, descontento, lleno de recelos y con el espíritu agitado por mil proyectos diversos. Desde su vuelta á Francia recibia una pension de cuatro mil escudos, y le habian prometido el destino de consejero privado y el collar de la orden del Santo-Espíritu. Pero la pension no se le satisfacía siempre con la mayor exactitud, en una época en que el tesoro de Enrique IV se hallaba en el mas deplorable estado,

y en que este mismo príncipe escribía á Rosnil, que *sus camisas estaban todas rasgadas, sus armillas agujeradas en el codo y su marmita muy á menudo puesta boca abajo*. El retardo que experimentaba Perez en el cumplimiento de sus deseos le llenaba de sospechas: creíase objeto de la enemistad de los príncipes de la casa de Guisa, por lo que habia dicho en sus *Relaciones* de sus proyectos con don Juan, de la envidia de los cortesanos, de los celos del secretario de Estado Villeroy y hasta del espionaje del fiel Gil de Mesa, que adhiriéndose á su mala fortuna, le habia salvado de las cárceles de Castilla y de Aragon, y expatriándose con él le habia acompañado á Francia, en donde habia sido agraciado con el cargo de gentilhombre de cámara de Enrique IV. Añadian mayores temores á sus desconfianzas, varios avisos de nuevas tramas formadas contra su vida; de manera que pensaba retirarse ya á Inglaterra, ya á Florencia, ya á Venecia, ya á Holanda. Enrique IV trataba entonces de calmarle y tranquilizarle, y le decia: «Antonio, en ninguna parte disfrutais tanta seguridad como á mi lado, y así no quiero que os separeis de mí.»

Un nuevo golpe vino á herir su enfermiza imaginacion. Diéronle la falsa noticia de que habia muerto su esposa doña Juana Coello. Hizo entonces el elogio de esta mujer heroica, que tan completamente se habia asociado á sus desgracias, en el lenguaje mas sentimental. «He perdido, es-

cribia á Essex, la compañera de mis dolores, el consuelo de mis pesares, la costilla y mitad de mi alma; mejor deberia decir el alma toda de este cuerpo. Las demás mujeres son los cuerpos de los hombres, esta y sus semejantes, si es que la naturaleza puede producir otras iguales á ella, son mas bien el alma del cuerpo de los hombres..... Se ha escapado de la prision de los vivos para la morada de los muertos, último asilo de los desgraciados de este siglo, y retiro el mas seguro.» Quería hacerse religioso *para estar*, como él decia *mas á menudo entre los sepulcros*. Enrique IV entrando en sus designios, le llegó á prometer, en aquella época, para cuando vacase, el obispado de Burdeos.

Sin embargo, sin desechar Perez la tristeza que le consumía y su aspereza de carácter, cada día mayor, fué enviado por segunda vez á Inglaterra en la primavera de 1596. La reina Isabel y su consejo habian llegado por fin á comprender que era preciso estrechar los relajados vínculos de su alianza con Enrique IV, y socorrer á este príncipe para impedir que entrase en negociaciones con España. El mariscal arceiduke Alberto, á quien se habia conferido el gobierno de los Países Bajos y que debia casarse á no tardar con la hija de Felipe II, se habia presentado inopinadamente ante Calais en el mes de abril con un ejército de cincuenta mil hombres. El sitio de una tan fuerte plaza del litoral, desde donde los españoles

amenazaban aun mas inminentemente á la Inglaterra con una invasion, habia alarmado á Isabel. Levantó tropas apresuradamente, armó buques y propuso á Enrique IV encargarse de la defensa de Calais, bajo condicion de guarnecer esta plaza con sus tropas, lo cual rehusó Enrique IV con indignacion. Miéntras que ofrecia su cooperacion á un precio inaceptable, el archiduque se hacia dueño de la ciudad y ciudadela. Atemorizada Isabel de semejante vecindad, se hizo mas tratable. Enrique IV le habia despachado primero á Mr. de Sancy y en seguida al duque de Bouillon acompañado de Perez para negociar una alianza ofensiva y defensiva. Al partir dijo Perez, haciendo alusion á esta alianza: "Que queria representar el papel de sacerdote, es decir, que despues de celebrada la ceremonia abandonaria á los contrayentes, dejándolos dueños de sí mismos para vivir y amarse, y que él iria á llevar sus contemplaciones á otra parte, allí do pudiese terminar sus dias menos expuesto á la envidia y con menor riesgo de su vida."

Pero tocábale á Perez sufrir una cruel mortificacion en aquel país: enviado especialmente á Lóndres en razon de su amistad con Essex y de su influencia sobre él, quedó en extremo confuso y sorprendido al no hallarle allí. A fin de evitar su presencia y la del duque de Bouillon, habíase retirado Essex á Plymouth. ¿Por qué causa se alejaba en el momento que iba á estipularse y

concluirse la negociacion que tan vivamente habia deseado? Apasionado por la gloria de las armas, y no pudiendo adquirir esta gloria mas que luchando con Felipe II, Essex habia logrado llevar á cabo sus fines. De acuerdo con el almirante Howar de Effinghami, habia vencido en el consejo á los Cecil, y decidido á Isabel á atacar al rey de España en el centro mismo de su poder, por medio de una expedicion á ese país. Semejante diversion debia ser muy útil á Enrique VI; pero Essex temia que este príncipe no pidiese se desembarcasen en Francia las tropas destinadas para la empresa contra España. Fue pues á apresurar la partida de la flota, que compuesta de ciento cincuenta velas, comprendidos en este número veinte y dos buques holandeses, y conduciendo catorce mil hombres colocados á sus órdenes, se dirigió, mandada por el almirante Howard, hácia las costas de Andalucía.

Perez, á quien el conde no vió ni escribió, se hallaba muy irritado. Exhalaba sus quejas contra él ante Antonio Bacon, que para sustraerse, segun escribió á su hermano Francisco, *á las exclamaciones españolas de Perez, y no oír amartillar el honor de su querido lord*, se retiró á Twickenham. Solo, aislado, sospechoso á los Cecil como amigo de Essex, é indispuerto con Isabel, Antonio Perez no tomó parte alguna en el tratado que se firmó el 10 de Mayo entre Inglaterra y Francia. Isabel, que acababa de prestar veinte mil coronas á En-